

CIENCIAS SOCIALES Y COMUNICACIÓN DE MASAS

Algunos apuntes sobre la constitución del campo de estudio sobre comunicación en Argentina y sus derivas

Ricardo Diviani

Universidad Nacional de Rosario (Argentina)

ricardodiviani@hotmail.com

Resumen

Muchas investigaciones en la actualidad, fundamentalmente ligadas a la historia intelectual o en el marco de una sociología de la cultura, han destacado la relación entre el proceso de modernización cultural que se inicia en los años 60, la formación de un nuevo campo intelectual y la radicalización política, como elementos esenciales para analizar las problemáticas referidas a las ciencias sociales de aquel período en Argentina. El proceso de formación de los estudios de comunicación obviamente no escapa a esta consideración. La mayoría de los aportes realizados desde este campo en aquellos años expresaron no sólo una preocupación por fenómenos que eran poco apreciados por los intelectuales y académicos del momento (la historieta, la prensa y otros objetos “menores” de la cultura de masas y popular), sino también una declarada valoración política de esos “objetos” culturales que a su vez se inscribía en el debate sobre el rol que el intelectual debía desempeñar en la sociedad. En este sentido, este trabajo pretende abordar el modo en que se fue conformando un campo de estudios propio de la comunicación entre el periodo de 1960-1976, a partir de algunos trabajos y autores emblemáticos de aquel período.

Palabras clave: ciencias sociales, estudios de comunicación, campo intelectual.

Los “estudios de comunicación” con pretensión científica surgen en las primeras décadas del siglo XX en Estados Unidos con un claro objetivo de dominio. Si bien tratados y reflexiones teóricas sobre la comunicación existen desde la antigüedad la aparición de las tecnologías de comunicación de masas –prensa comercial, cine, radio, televisión– habilitaron un campo de estudio propio que paulatinamente fue ganando espacio dentro de las ciencias sociales. Desde su nacimiento las investigaciones en el país del norte tuvieron como meta principal indagar sobre los “efectos” que los nuevos medios de comunicación de masas generaban en los públicos. Financiadas y demandadas por diferentes tipos de corporaciones políticas, militares, empresarial y académica, el interés por conocer y evaluar esos efectos tenía como fin hacer más eficiente el sistema de comunicación y lograr un mayor control. En el marco de una nación que se transformaba en la principal potencia mundial y en un contexto de posguerra, los *mass medias* eran pensados fundamentalmente como herramientas de propagandas. Sin duda la impronta de la sociología empírica de raíz positivista, de notable presencia en la academia norteamericana, marcó a fuego la génesis de la disciplina (1).

En la Argentina la historia de la constitución del campo recorre un camino muy diferente. Si bien no existen investigaciones sistemáticas (2) que aborden este proceso en nuestro país, hay consenso respecto a que entre las décadas del 60 y principio de los 70 una cantidad de trabajos del campo intelectual van forjando una problemática propia de estudio sobre medios de comunicación masivos y cultura de masas desde una posición que, a grandes rasgos, se podría denominar como “crítica” (3), aunque a su interior se puedan establecer diferencias entre los enfoques. Pero si esta perspectiva crítica pareciera ser evidente, no lo son así las respuestas a la pregunta sobre cuáles fueron las condiciones que habilitaron su emergencia, como así también las demandas y exigencias que permitieron se fuera perfilando un campo de estudios de comunicación con formas de abordajes teóricos particulares y divergentes.

Es sabido que en Argentina, y en los denominados países periféricos, la producción social del conocimiento muchas veces no responde a los modelos extranjeros que circulan en el propio ámbito intelectual y académico. En una primera aproximación podríamos decir que ni la teoría de Pierre Bourdieu de los “campos” como entidades autónomas con reglas propias –modelo quizás más aplicable a experiencias europeas que a nuestro país–, ni aquellas que plantean que el conocimiento social se desarrolla a partir de las necesidades de la burocracia estatal tendiente a la implementación de políticas sociales (NEIBURG, F; PLOTKIN, M; 2004) –que fue en gran medida lo que pasó con la *Mass Communication Research*–, pareciera explicar de manera acabada las condiciones en que surge este campo de estudio. En realidad, pareciera que en la Argentina se realizó a través de cruces y *mixturas* complejas que mezclaron lo formal y lo informal, lo académico y lo que está por fuera de esas instituciones, lo investigativo y lo ensayístico, lo político y lo científico, las “reglas propias del campo” y otros aspectos que lo trascendieron.

Si bien podríamos distinguir dos momentos en los estudios de comunicación –una primera etapa, que abarca los años 60, a la

que podríamos llamar la de “los inicios” y una segunda etapa, en los 70, donde se da una consolidación de los mismos— aquí abordaremos su relación con las ciencias sociales en Argentina a partir de algunos rasgos comunes a toda la época.

Muchas de las investigaciones actuales, fundamentalmente ligadas a la historia intelectual o en el marco de una sociología de la cultura, han destacado la relación entre el proceso de modernización cultural de los años 60, la formación de un nuevo campo intelectual y la radicalización política, como elementos esenciales para analizar las problemáticas referidas a las ciencias sociales de aquel período. Los trabajos que luego serían considerados pioneros de los estudios de comunicación no escapan, obviamente, a esta consideración. La mayoría de los aportes realizados en aquellos años expresaron no sólo una preocupación por fenómenos que eran poco apreciados por los intelectuales y académicos del momento (la historieta, la prensa y otros objetos “menores” de la cultura de masas y popular), sino también una declarada valoración política de esos “objetos” culturales que a su vez se inscribía en el debate sobre el rol que el intelectual debía desempeñar en la sociedad. Este planteo, que hoy puede resultar una perogrullada, es interesante si lo analizamos a partir de la hipótesis de que esa particularidad —es decir, la emergencia de un tipo de intelectual comprometido en el marco del proceso singular de modernización cultural y radicalización política— derivó en un tipo de abordaje sobre los medios de comunicación y los productos de la cultura popular y de masas con características distintivas y diferenciadas de los lugares considerados *usinas* de la producción teórica sobre la temática.

La relación entre el ámbito de lo nacional y lo internacional es siempre un aspecto a tener en cuenta con respecto a la circulación del conocimiento de cualquier disciplina, que en el caso de los países llamados “periféricos” adquiere mayor preponderancia ya que ese movimiento pareciera tener un carácter unidireccional. Carlos Altamirano ha destacado cómo en Latinoamérica las interpretaciones sociológicas no han sido en general *nativas*, sino exportadas y adaptadas a las condiciones propias de cada país, por lo cual habría que hablar, más que del surgimiento, del ingreso de reflexiones y teorías sobre el mundo social. Sumado a esto, Federico Neiburg y Mariano Plotkin han señalado, acertadamente, a propósito de lo planteado por Altamirano, que “...el vínculo con lo internacional (la capacidad de gestionar el flujo de las ‘importaciones’) suele funcionar, en el plano doméstico, como un principio de jerarquización, dando mayor legitimidad a unos individuos que a otros. Además llama la atención —aquí los autores se refieren a Carlos Altamirano— sobre el hecho de que la recepción de sistemas de pensamientos o creencias nunca es pasiva: en el proceso mismo de “nacionalización” y adaptación se produce conocimiento” (NEIBURG, F; PLOTKIN, M; 2004: 18). En este sentido, en el ámbito de las llamadas ciencias de la comunicación, lo importante a considerar es el modo en que diferentes teorías exógenas se articulan entre sí y cómo estas, al mismo tiempo, fueron utilizadas o “leídas” bajo determinadas condiciones, no sólo políticas, sociales y culturales, sino también del campo intelectual.

Si bien los estudios comunicacionales de aquel período se caracterizaron por estar hegemonizados por las perspectivas estructuralistas —en donde la impronta norteamericana de raíz funcionalista era casi nula— es sabido que esas perspectivas tuvieron algunas características singulares. Pero ¿cuáles fueron esas singularidades? ¿De qué modo se utilizaron los referentes teóricos provenientes del extranjero? ¿Sobre qué problemáticas políticas, epistemológicas y metodológicas se constituyó el campo? Y, en última instancia ¿qué importancia puede tener hoy volver la mirada hacia aquellos estudios?

Aquí intentaremos responder de manera sucinta y de forma aproximativa a estas preguntas, aclarando que este ensayo se inscribe en el marco de un proyecto de doctorado sobre la constitución del campo de estudio de la comunicación en nuestro país a partir del vínculo entre intelectuales y medios masivos. Trabajo que está en sus comienzos y que por lo tanto “explica” que algunas de las ideas expuestas sean un trazado general de la problemática, se presenten a veces de manera provisoria y estén sometidas a permanente revisión.

Si bien podría resultar “natural” que la sociología fuera quien tomara para sí la responsabilidad de analizar los medios de comunicación de masas, como había sido en EEUU, en la Argentina los trabajos pioneros fueron desplazándose desde diferentes intereses disciplinares hacia una problemática propia de la “comunicación”. Obviamente las indagaciones provenientes de cierta sociología fueron fundamentales, como por ejemplo la perspectiva de Eliseo Verón, pero también lo fueron, en un primer momento, aquellas reflexiones que venían de una tradición de crítica literaria. Tal es el caso de Jaime Rest que en la actualidad es reivindicado, entre otras cosas, por el trabajo con fuentes bibliográficas que hasta ese momento eran desconocidas o no habían sido traducidas. La obra de Oscar Masotta también es central para el análisis de la época no sólo por el tipo de abordaje decididamente semiológico de artefactos de la cultura de masas, como la historieta y el happening, sino por lo que su figura de intelectual generó y aún genera, en tanto expresión cabal de los dilemas que atravesaban el campo intelectual en esa época. Su relación ambivalente entre el ensayo y la investigación empírica, la producción de conocimiento situada a mitad de camino entre las instituciones académicas y los grupos de estudio que crecieron a la sombra de ella, las derivas que van de su *sartrismo* en los años de la revista Contorno al estructuralismo, las aparentes disyuntivas entre el compromiso político y la tarea intelectual, son sólo algunos rasgos que todavía hoy se discuten no sin controversias.

Como decíamos antes, es evidente que estos tres intelectuales fueron muy importantes para comprender lo sucedido en la década

del 60. Sin embargo, es evidente que la figura de Eliseo Verón se destaca no sólo por su trayectoria académica y por lo que sus trabajos van a representar para la institucionalización del campo de estudio de la comunicación social. Egresado de la carrera de filosofía, a fines de los años 50 estará ligado al grupo modernizador de Gino Germani (BLANCO, A; 2006). En un principio realizará investigaciones relacionadas a las conductas en clave psicosocial para luego ir paulatinamente interesándose por los discursos mediáticos. De formación sociológica, la postura de Verón será singular ya que, por un lado, adopta la impronta de la “nueva sociología científica” en lo que hace a la tarea investigativa con base empírica (ejemplo es el estudio Estructuras de conductas y sistemas de comunicación social, realizado entre 1964 y 1969 en el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (MALDONADO GÓMEZ DE LA TORRE, E; 2006), y, por el otro, muestra un claro interés por apartarse de los modelos funcionalistas de la acción que dominaban las ciencias sociales de esos años. Si bien el autor será considerado el responsable de la introducción del estructuralismo de Lévi-Strauss en la Argentina, y con él la idea de que la lingüística debería ser la disciplina rectora de las ciencias sociales, la impronta del etnólogo francés estará matizada por la incorporación de otras perspectivas. El propio semiólogo afirmaba que en la Argentina lo que había llegado era la “idea” estructuralista desprendida de los “estudios antropológicos” y las “prácticas que la engendran”, lo que demostraba las “características de una cultura dependiente” (VERÓN, E; 1974: 104). Pero más aún, Verón afirmaba en los años 70: “Desde un comienzo, la influencia del estructuralismo dio lugar, naturalmente, a un interés por las ‘estructuras de significación’ en general y por los fenómenos del lenguaje en particular, pero sin dejar de lado un interés intenso y simultáneo por el estudio del comportamiento social concreto, aspecto casi totalmente ausente de la obra de Lévi-Strauss. Esta particular combinación de una problemática derivada del estructuralismo con una cierta preocupación ‘pragmática’ resultó de la convergencia de varias orientaciones diferentes. En primer lugar, naturalmente, la influencia de Lévi-Strauss junto con la de la lingüística estructural, especialmente la representada por los trabajos de Roman Jakobson. En segundo lugar, lo que en Estados Unidos se conoce como ‘teoría de la comunicación humana’, en particular la obra de Gregory Bateson. Del lado sociológico, una temprana reacción contra el funcionalismo, alimentada en el marxismo, pero estimulada también por ciertos autores ‘marginales’ como Harold Garfinkel, Howard Becker y Irving Goffman, algunos de cuyos trabajos fueron introducidos en los cursos de sociología alrededor de 1964” (VERÓN, E; 1974: 106).

Pero más que nada esta combinatoria de distintas teorías daba cuenta, a nuestro entender, de ciertas características de la producción del conocimiento que no respondían a parámetros puramente institucionales. Es decir, independientemente de la discusión teórica-epistemológica sobre la pertinencia de ciertas articulaciones –el propio Verón refiere a la molestia que a Greimas le suscitó un trabajo que el autor presentó en un encuentro en Urbino, en el que “combinaba sin complejos la orientación pragmática la antropología de Gregory Bateson, el estructuralismo y la semiología francesa” (VERÓN, E; 1995: 11)–, es evidente que la actividad intelectual buscaba responder a diferentes exigencias. Por un lado, algunas de dichas exigencias estaban asociadas a las intenciones de alcanzar un determinado posicionamiento en un campo intelectual en transformación y, por el otro, a la necesidad de intervenir en un contexto social muy politizado. En este sentido, la necesidad de legitimación a partir de la adopción de una postura crítica de la cultura y la sociedad y de un modelo de las ciencias sociales que pugnaba por adoptar ciertas reglas de cientificidad –que iba ganando espacio académico por lo menos hasta el año 1966– en cierto modo permitía que la lectura de autores, de gran preponderancia en Europa y Estados Unidos, se hiciera de una manera más laxa o *sui generis*. Por esto mismo, si bien el estructuralismo fue preponderante como perspectiva para el análisis de determinados objetos de la cultura de masas, quizá la crítica justificada que se le ha realizado a toda la corriente francesa posterior a los años 70 (4) pueda matizarse en el caso argentino: nunca la semiología estructuralista fue totalmente inmanente, transhistórica y puramente formalista. Tal vez dos debates típicos de aquellos años, en los que intervino Verón, sintetizen las tensiones, conflictos y disyuntivas en que se encontraba la producción de conocimiento social y las cuestiones propias del campo de la comunicación. Una de las disputas fue la que entabló con Juan José Sebreli a mediados de los 60 a propósito del éxito de dos libros del ensayista porteño, *Buenos Aires vida cotidiana y alienación* y *Eva Perón ¿aventurera o militante?* La otra, desarrollada ya en los 70, fue la polémica con Héctor Schmucler que se desencadena a partir de otro éxito editorial: *Para leer el Pato Donalds* de Dorfman y Mattelart.

La crítica a los textos de Sebreli apuntaba fundamentalmente a la falta de rigurosidad científica al suplantar el trabajo empírico por la opinión y experiencia personal de lo vivido. Sebreli, en un gesto sartreano, intentaba desmitificar dos fenómenos sociales, el de la vida cotidiana de Buenos Aires y la significación de la figura de Eva Perón, a partir de una serie de consideraciones de tipo marxista. Para el introductor del estructuralismo en Argentina, los ensayos no sólo no lograban cumplir con dicho objetivo desmitificador, sino que además procuraban un nuevo mito que se “institucionaliza” en “nuestro medio cultural”: el de la “crítica marxista” (VERÓN, E; 2001). La respuesta que brindó el escritor fue tanto un ataque directo al corazón del método estructuralista –considerado el “instrumento” utilizado por Verón para detractar su trabajo– como así también una potente reivindicación del intelectual comprometido que se ubica por fuera de las instituciones formales y del saber considerado científico: “Sólo faltaba la reacción de los círculos universitarios –según Sebreli ya habían repudiado sus libros otros actores– y ahora con Verón, funcionario

del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, también ese sector de la ideología institucional se ha definido. Un perro guardián de la Ciencia oficial ha ladrado advirtiendo a su amo que un intruso ha penetrado en su coto privado” (SEBRELI, J J; 2001).

En un mismo sentido se dirigieron las críticas e impugnaciones al libro de Dorfman y Mattelart. La ausencia de rigurosidad metodológica para el análisis del *Pato Donald* y el reemplazo de la construcción de conocimiento de carácter científico por la intuición e interpretación puramente ideológica fueron, para el semiólogo, las características centrales de la obra. Según su análisis, este desplazamiento fue producto de la “demanda práctica (política)” –dado el compromiso de Mattelart con el proyecto de Salvador Allende en Chile– que atentaba contra la construcción de una crítica de carácter científica. Héctor Schmucler escribirá su descargo a este cuestionamiento alegando, en resumidas cuentas, que ciencia e intervención política no necesariamente son contradictorias (5).

Si bien ambas polémicas deberían ser analizadas atendiendo a una variedad de matices sumamente enriquecedores, aquí sólo nos ocuparemos de destacar los ejes que representan para nosotros las disyuntivas intelectuales de una época: conocimiento institucionalizado versus un saber que se produce por fuera de las instituciones formales; ensayo versus investigación; ciencia versus ideología y, en última instancia, el rol del intelectual que se encuentra entre la intervención decididamente política y el trabajo investigativo.

Si el estructuralismo fue dominante en la constitución del campo de la comunicación en Argentina en los años 60, junto a la radicalización política que va del “intelectual comprometido al intelectual revolucionario”, en los 70 aparecen otras posiciones teóricas que luego conformarán líneas de estudios que continúan en gran medida hasta la actualidad. A la perspectiva de tipo semiológica, visualizada en aquella década en la revista LENGUAjes., editada por Eliseo Verón, se debe sumar *Comunicación y Cultura*, publicación dirigida por Mattelart y Schmucler. La impronta marxista y la postura de investigar “la comunicación masiva en el proceso político latinoamericano” sin abandonar los aportes de la semiología serán los rasgos distintivos de esta última revista que marcará a fuego la tradición de los estudios en nuestro país.

Una tercera perspectiva, que ha quedado un poco relegada en este ensayo, es la vertiente más de tipo “nacional y popular” que se vincula a las ideas predominantes en las llamadas “cátedras nacionales”. Un grupo de autores –como Eduardo Romano, Aníbal Ford y Jorge Rivera–, más próximo a los estudios literarios y alejados de los enfoques semiológicos, analizarán diferentes productos de la cultura popular prácticamente sin hacer referencias a teóricos foráneos. Algunos de sus espacios de intervención serán las revistas culturales, el trabajo periodístico y las diferentes cátedras de la carrera de Letras (6).

El elemento común de estas tres líneas de trabajo es que sus producciones estuvieron ligadas a revistas que están en los bordes de la academia. Dos de ellas dedicadas a temas de comunicación (*Comunicación y Cultura* y LENGUAjes.) y una, particularmente Crisis, a problemáticas culturales, pero que en sus diferentes números –que van desde 1973 hasta 1976– la reflexión sobre los medios, la cultura popular y de masas fueron recurrente.

Las revistas, como “artefacto cultural”, son un vehículo singular del debate teórico, en donde puede expresarse el estado de cosas en que se encuentra un objeto de estudio determinado. Como dice Horacio Tarcus, “la historia de nuestras revistas no es un capítulo aparte de nuestra cultura, un género que se *añade* a otros géneros culturales, sino que es una dimensión crucial así como un mirador privilegiado desde el cual se pueden seguir los avatares de la vida intelectual de nuestro país” (TARCUS, H; 2007; 3). Constituyen un espacio de confrontación donde se expresan tendencias teóricas, posiciones políticas, y concepciones epistemológicas. Y, desde esta perspectiva, pueden ser tomadas como intérpretes que nos permiten reflexionar sobre cuestiones más amplias que den cuenta, de alguna manera, de la relación entre cultura, sociedad y conocimiento en un momento histórico determinado. En este sentido, una investigación que analice la constitución de los estudios de comunicación en Argentina deberá dedicar gran parte de sus estudios a estas publicaciones.

Hoy, una investigación de este tipo puede significar también un intento de rescate de la perspectiva crítica presente en los orígenes del campo de estudio como un modo de pensar nuestro presente, en donde las problemáticas de las llamadas culturas mediáticas, requieren de la intervención y compromiso del trabajo intelectual, luego de que la paulatina institucionalización académica del campo “olvidara” ese “función” necesaria del conocimiento.

Notas

1) Paul Lazarsfeld llamó investigación administrada a esta orientación ya que el objetivo fue “ofrecerle un mayor conocimiento del instrumento y con ello facilitar su uso”. Citado por Sopera, Enric, *La sociología de la comunicación de masas en los Estados Unidos*, Barcelona, Editorial Ariel, 1985

2) Podemos inscribir dentro de quienes han trabajado los estudios de comunicación de aquella época, en por lo menos algunos de sus aspectos, un libro de Víctor Lenarduzzi sobre la revista *Comunicación y Cultura* (1998) y artículos de Pablo Alabarces (2006) y Héctor Schmucler (2006) aparecido en *Revista Argentina de Comunicación* N 1, FADECCOS, 2006. También cabe citar un trabajo de Mirta Varela y Alejandro Grimson, (2001). Un libro clásico

es *La investigación sobre comunicación social en Argentina* de Jorge Rivera (1987) y el de Mirta Varela (2005), *La televisión criolla, desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la luna 1951-1969*, que brinda algunos elementos importantes, con relación a la televisión, que sirven a nuestro interés sobre la constitución del campo de estudio.

3) Cuando decimos crítica no nos estamos refiriendo estrictamente a la perspectiva de la Escuela de Frankfurt. Si bien esta tradición alemana, fundamentalmente a partir de trabajos de Adorno, Horkheimer, y en menor medida Benjamin, ha brindado un modelo ya canónico de interpretación de los medios de comunicación de masas, entendemos que en aquel período no tuvo demasiado predicamento en la Argentina. Aquí crítica significa una perspectiva de distanciamiento y ruptura con lo dado, en un intento de que el conocimiento adquirido sirve como herramienta de transformación social.

4) En este sentido la crítica, por ejemplo, de Bourdieu (2007) al estructuralismo en *El sentido práctico* queda de alguna manera en suspenso en el caso argentino.

5) Ver los artículos Verón, Eliseo (1974), "Acerca de la producción social del conocimiento: el 'estructuralismo' y la semiología en Argentina y Chile", en *Revista LENGUAjes.*, Nº 1, Bs. As., Edición Nueva Visión y Schmucler, Héctor (1986), "La investigación sobre comunicación masiva" (1975), en *Revista Comunicación y Cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

6) Para un análisis de esta perspectiva ver el trabajo de Alabarces, Pablo (2006), "Un destino Sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina", *Revista Argentina de Comunicación*, Nº 1, FADECCOS, Prometo Libro.

Bibliografía

AAVV, Oscar Masotta, *Lecturas Críticas*, Argentina, Atuel, 2000

ALABARCES Pablo, "Un destino Sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina" aparecido en *Revista Argentina de Comunicación N 1*, FADECCOS, Prometo Libro, 2006

BLANCO Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 2006.

BOURDIEU Pierre, *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

MALDONADO GÓMEZ DE LA TORRE Efendy, en *Teorías da comunicacao na América Latina*, Sao Leopoldo Brasil, Unisino Editora, 2001

GILMAN Claudia, *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003

REST Jaime, *Arte, literatura y cultura popular*, Buenos Aires, Norma, 2006.

LONGONI, Ana, "Oscar Masotta: Vanguardia y revolución en los años 60", en *Oscar Masotta: Revolución en el arte*, Argentina, E. Edhasa, 2004.

NEIBURG Federico y PLOTKIN Mariano, "Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad argentina" Neiburg F, Plotkin, M, Comp., en *Intelectuales y Experto. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

SAPERA, Enric, *La sociología de la comunicación de masas en los Estados Unidos*, Barcelona, Editorial Ariel, 1985

SARLO, Beatriz, *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

SCHMUCLER, Héctor, "La investigación sobre comunicación masiva" (1975), en *Revista Comunicación y Cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1986

SEBRELI, Juan José, "Polémica con Eliseo Verón" en Sarlo Beatriz, *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Ariel, 2001

TARCUS, Horacio, *Catálogos de Revistas Culturales*, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, Buenos Aires, 2007

VERÓN, Eliseo, "Acerca de la producción social del conocimiento: el "estructuralismo" y la semiología en Argentina y Chile", en *Revista LENGUAjes Nº 1*, Bs. As., Edición Nueva Visión, 1974

VERÓN, Eliseo, "Muerte y transfiguración del análisis marxista" en Sarlo, Beatriz, *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Ariel, 2001

VERÓN, Eliseo, *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995

RICARDO DIVIANI

Es Licenciado en Comunicación Social. Profesor de la materia Epistemología de la Comunicación en la Licenciatura en Comunicación Social de la UNR y docentes de otras casas de estudios. Actualmente realiza el doctorado en Ciencia de la Comunicación en la UNR. Integra distintos proyectos de investigación relacionados con los procesos de mediatización y las

políticas culturales. Es parte del consejo editorial de la Revista La Trama, publicación del Departamento de Ciencia de la Comunicación, Escuela de Comunicación Social, Facultad Ciencia Política y RRH, UNR.